

863
C.
DP 166
X5
C6
V.1

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Pasco de San Vicente, 20.



INTRODUCCIÓN

I

Quando suena la hora de la oportunidad, pone Dios la fuerza á la orden del derecho y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

MODESTO LAFUENTE.

Quand la Providence a quelque dessein, il ne lui importe guère de quels instruments et de quels moyens elle se serve. Entre ses mains, tout est foudre, tout est tempête, tout est déluge, tout est Alexandre ou César.—BALZAC.

NADA tan curioso como el estudio de la Historia, contemplada desde la cumbre de los siglos, á vista de pájaro; vese entonces cómo de hechos livianos surgen á veces grandes acontecimientos; cómo hombres oscuros, hinchados por la ambición ó por la soberbia inflados, truecanse de repente en grandes personajes y

aun en varones providenciales; cómo, en fin, se mezclan y combinan, barajan y chocan, se atropellan y destrozan estos grandes personajes y aquellos hombres oscuros, estos hechos livianos y aquellos sucesos extraordinarios, para producir al cabo de esta, por decirlo así, fermentación humana, las grandes transformaciones sociales, lentas, por lo general, laboriosas y casi siempre sangrientas.

Entonces es cuando desde aquella cima de los siglos descubre el observador, á vista de pájaro, patente, ordenado, claro como la luz, el revés de aquel derecho, el artificio que puso en movimiento la máquina, y, suspensa la mente y embargado el corazón, adquiere el profundo y cristiano convencimiento de que en la vida de los pueblos el hombre es el que se agita, pero Dios es quien le mueve.

De esta manera, pues, podemos observar desde la cumbre de cinco siglos el paso de un gran pelotón de hombres de armas por la comarca de Ávila en 1465. Imposible era adivinar sólo por trazas y apariencias si aquel millar de hombres cargados de hierro eran escolta de algún magnate ó cuadrilla de bandoleros de los muchos

que infestaban á la sazón el territorio de Castilla. Su armamento desigual, pero formidable siempre; el aire insolente y provocativo con que miraban á los villanos que se topaban al paso, y la desdeñosa y criminal indiferencia con que lo mismo hollaban la dura roca de los caminos de herradura que los blandos sembrados de propiedades particulares, eran indicios harto comunes entonces á soldados y bandidos.

Caminaba, sin embargo, el pelotón en cierto relativo orden de batalla. Venían delante, como de vanguardia, unos cien jinetes, armados de fuertes lorigas y bacinetes de hierro en la cabeza, lanzas en la cuja, y pendientes de sendas cadenas, hachas de armas y adargas de cuero férreamente claveteadas. Marchaban en buen orden, silenciosos, confiados, pero fieros y vigilantes al mismo tiempo.

Seguíanles al alcance de la voz, y como formando el cuerpo de batalla de aquel reducido ejército, otro abigarrado pelotón de más de cincuenta hombres, rodeando todos y sirviendo á un vigoroso viejo que, jinete en poderosa mula, parecía tener mando sobre ellos. Envolvíase, cual si tuviese frío, en un amplio sayo de paño obs-

curo, y cubría su cabeza un papahigos de lo mismo aforrado de pieles, que sólo dejaba ver de su enjuto rostro unos ojos pequeños, vivos y hundidos, como víboras en acecho. Asomábase por debajo del ropón los quixotes de una rica armadura de invención modernísima, y sus pies, calzados de enormes acicates, descansaban en ferreas estriberas cubiertas. En pos de él cabalgaban dos escuderos, llevando uno los brazales y el yelmo del incógnito personaje, y conduciendo el otro el escudo y la lanza de veinticuatro palmos.

El resto de este pelotón, que llamamos abigarrado, componíanlo gentes de cataduras muy diversas: nobles de segundo orden, que se distinguían por sus armaduras modernas de reluciente acero; soldados y escuderos, visitando aún las antiguas mallas de hierro; algunos frailes franciscos, dos bufones, grotescos hombrecillos que cabalgaban en ligeros burros, de cuyas horradadas orejas pendían cascabeles de plata, y varios personajes enigmáticos, mitad clérigos, mitad guerreros, que pretendían hermanar en su atavío la fereza del soldado de entonces con la pomposa majestad de los trajes eclesiásticos.

Caminaban todos ellos en tropel, sin orden ni concierto, atentos sólo á rodear y acercarse al viejo del papahigos, que unas veces les dirigía una palabra, otras una imprecación, algunas una chirrigota: jamás una sonrisa.

La retaguardia, que á muy larga distancia seguía, marchaba con gran desorden y algarazara. Formábanla numerosos soldados, armados también hasta los dientes, y muchos peones conduciendo en acémilas el fardaje. Marcaban su paso en poblados y despoblados los atropellos propios de la barbarie cruel de gentes desalmadas que cuentan con la impunidad y se apoyan en la fuerza. Varios soldados llevaban en el arzón corderillos robados á un pastor que no pudo retirar á tiempo su rebaño. Otro, tan sólo por burlarse de la sencillez de un labriego, arrastróle atado á la cola de su caballo más de media legua, amenazándole con que al llegar á Ávila el Almirante le haría cortar las orejas: burla bestial á que pusieron fin las súplicas de un fraile y la autoridad de un caballero, á quien requirió aquél en su ayuda.

Dió al fin la vanguardia vista á las maticizas murallas de Ávila, inexpugnables

entonces, y el vigía de la Puerta de San Vicente apresuróse á dar en su bocina el toque de ¡gente armada!, alarmante siempre en aquella época de traiciones, alevosías y sorpresas.

Hicieron alto los caminantes al oírlo, y con más orden del que pudiera esperarse, rodearon todos al viejo del papahigos como para protegerle. Gritaba éste colérico desde lo alto de su mula, y daba órdenes, sin que al parecer le escuchasen, hasta que, al cabo, uno de aquellos personajes enigmáticos, mitad clérigos, mitad guerreros, sacó de una especie de estuche una gran cruz pastoral de plata ricamente cincelada, y atornillándola en un mango, también de plata, alzóla en alto; púsose al punto á su derecha un hidalgo armado y enarboló á su vez en el asta de una lanza el pendón de los Carrillo; colocóse entonces á su izquierda otro hidalgo, que hizo resonar un clarín, como si fuese un heraldo, y puestos los tres en hilera, adelantáronse hacia la muralla.

El resto de la tropa, sin avanzar un paso, abrióse entonces en dos alas, dando frente á la ciudad y dejando en medio al viejo del papahigos con todo su acompañamiento.

Vieron venir los de la muralla á los tres jinetes que se acercaban, y sin parar mientes ni en cruces ni en pendones, mantuviéronse quedos, sin seña alguna de agrado ó desagrado; mas al llegar éstos cerca del muro, al borde mismo del foso de la puerta, tocó por tres veces su clarín el que hacía de heraldo, y á grandes voces, y empinándose sobre las estriberas, requirió luego á la ciudad, en nombre del muy alto y poderoso Sr. D. Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, para que abriese las puertas, pues el señor rey de Castilla D. Enrique IV habíale dado la tenencia de la ciudad y fortaleza de Ávila.

Dió voces de contento la soldadesca que poblaba la muralla, y muchos caballeros forasteros recién llegados á la ciudad acudieron al adarve aclamando y voceando. Sonaron entonces trompetas y atabales en todo el circuito del muro, y las campanas de la catedral comenzaron á tañer con una alegría que á muchos sonaba á duelo.

Fué general el júbilo entre la gente forastera y allegadiza que inundaba á Ávila; mas los vecinos y naturales, leales y sesudos, torcían el gesto, meneaban las cabe-

zas, y, taciturnos y silenciosos, se encerraban en sus casas, poseídos de esa inquieta zozobra instintiva, especie de excitación nerviosa, que se apodera de las multitudes en vísperas de pavorosos sucesos. Alzó entonces la soldadesca forastera el pesado rastrillo, bajó el puente rechinando y quedó franca y de par en par la Puerta de San Vicente.

Picó entonces á su mula el viejo del pahigos, que no era otro sino el propio arzobispo Carrillo, y seguido de su comitiva entró en la ciudad, como aquel de quien dice un antiguo romance:

De un porta-cruz precedido,
Seguido de muchas lanzas...

Dióse tanta prisa el Arzobispo por llegar á Ávila, que dejó su comitiva entera á la zaga y penetró él solo y el primero en el lóbrego laberinto que servía de segunda defensa á la Puerta de San Vicente.

Consistía esta defensa en un tortuoso callejón, formado por dos muros aspillerados, que permitían hostilizar impunemente por ambos flancos al enemigo in-

vasor; cortábanlo de trecho en trecho fuertes rejas de hierro, erizadas de púas, y colgaba de las almenas, como á la mitad del recinto, una gran cruz de madera negra, de cuyos brazos pendía el pendón morado de Castilla.

Pues á esta altura del callejón, y al revolver uno de sus innumerables recodos, topóse el Arzobispo de repente con un hombre que salía presuroso á su encuentro. Parecía, por las trazas, villano zafio y maltrecho; mas al quitarse ante el Prelado la parda caperuza, reconoció éste, con sorpresa y sobresalto, bajo aquel burdo disfraz, á uno de los secretarios del rey de Castilla D. Enrique IV.

—¡Hernando de Badajoz!... ¿Qué me quieres?—exclamó, retrocediendo maquinalmente en su montura.

Asióse entonces el Hernando de la brida de la mula, y azorado por la prisa y por lo que había visto en Ávila, díjole estas razones, que textualmente ha conservado en su Crónica el leal Enrique del Castillo:

—Señor, el Rey está esperando vuestra ida para que se haga lo que por vuestro consejo ordenaste que se hiciese...

El Arzobispo, viendo ya con esto descu-

bierta su traición, dejó caer del todo la máscara, y replicó con furia estas otras palabras, que para ignominia suya consigna también el mismo cronista:

—Id, Hernando de Badajoz, é decid á vuestro Rey que ya está harto de él é de sus cosas; é que agora se verá quien es el verdadero Rey de Castilla.

Y arrancando violentamente de manos del Secretario la brida de su mula, siguió su camino adelante.

Terminaba el callejón en un arco flanqueado y defendido por dos torres almenadas, que protegían al mismo tiempo á una plazoleta, también almenada, que era el último baluarte: sus puertas, férreamente claveteadas, abríanse ya en lo poblado. Era muy capaz la plaza y toda se hallaba repleta, cuando desembocó en ella el Arzobispo de Toledo, precedido de su Cruz Pastoral y del pendón de los Carrillo. Aquella rebelión—pues rebelión inicua era—no podía tener, sin embargo, aspecto más pintoresco.

Ocupaban la plaza más de mil lanzas, teniendo en cuenta que con el nombre de *lanza* no se designaba entonces á un solo hombre, sino á determinado número de jinetes y peones puestos en pie de guerra.

De trecho en trecho levantábanse erguidos los pendones de los Grandes rebeldes que habían acudido á Ávila y cuyas eran aquellas mesnadas, y el viento hacía tremolar por todas partes las airosas banderolas de las lanzas, que tenían por objeto absorber la sangre enemiga é impedir que chorrease por el asta. Á la salida del arco esperaban al Arzobispo todos los Grandes conjurados que ya habían llegado á Ávila, que eran el conde de Plasencia, D. Álvaro de Zúñiga; D. Gómez de Cáceres, maestre de Alcántara; D. Rodrigo Pimentel, conde de Benavente; D. Pedro Puertocarrero, conde de Medellín; D. Rodrigo Manrique, conde de Paredes; Diego López de Estúñiga, hermano del Conde de Plasencia, y el Obispo de Coria, hermano del de Paredes.

Venían también otros caballeros de menor estado, y al frente de todos ellos, mayores y menores, el marqués de Villena, D. Juan Pacheco, sobrino del Arzobispo y su principal cómplice, favorito traidor á su Rey y hombre ambicioso y artero, hipócrita, suave y afable, de quien se decía entonces:

El Marqués de Villena,
Nin fabla mala, nin obra buena.

Hallábase también en primera fila el Alcaide de Ávila, á quien el confiado D. Enrique había ordenado, días antes, en Valladolid, entregar la tenencia de la ciudad y de la fortaleza al Arzobispo de Toledo. Recibió éste las llaves de manos del Alcaide, y rodeáronle al punto todos los conjurados ansiosos de hacerse presentes y de saludarle con la sencilla rudeza propia de aquella época, en que comenzaba á apuntar ya la enfática cortesía caballeresca de los siglos XVI y XVII, y se arraigaba más cada día la falsa doblez y el disimulo.

Rodeado y seguido de todos los Grandes, dirigióse entonces el Arzobispo á la Catedral, no porque fuese ella el santo templo de Dios, sino porque era la parte más segura de la fortaleza, y allí pensó desde luego el belicoso Prelado asentar su persona, su casa y su gente: *el cimborro de la Iglesia Mayor*, como dice Enrique del Castillo.

Reunidos, pues, allí todos los conjurados, *fizoles el Arzobispo una plática secreta*, que se tornó harto pronto en escándalo público que hasta en el día de hoy repugna y horroriza.

Lastimoso era, en efecto, el estado del Reino de Castilla en aquel año de 1465. Imposible era á la vergonzosa incapacidad de Enrique IV, á su crédula bondad, rayana á menudo en lo imbécil, y á sus intempestivas generosidades, poner un freno á la soberbia de los Grandes, á su insaciable ambición y codicia y á las envidias que entre sí tenían y á los rencores que se guardaban.

Empobrecido el Rey por lo mucho que daba y poderosos ellos por lo que recibían de grado ó por armas se tomaban, sentían su fuerza, conocían la debilidad del Monarca y osaron al fin tratarle, no ya de potencia á potencia, sino como de superior á inferior.

La merced que el Rey hizo á su favorito D. Beltrán de la Cueva, haciéndole Conde de Ledesma primero y Maestre de Santiago después, con perjuicio de los derechos que al Maestrazgo tenía su propio hermano el tierno infante D. Alonso, acabó de exasperar á los Grandes. Por dos veces intentaron prender al Rey en su propio palacio, una en Madrid y otra en Segovia, inducidos siempre por el falso marqués de Villena, D. Juan Pacheco, y no

lográndolo ninguna, retiráronse como rebeldes á Burgos. Desde allí escribieron al Rey una carta tan insolente, *tan fuera de todo acatamiento, sin freno de templanza, que ni á los súbditos era conveniente envialla, ni á la decencia del Rey recibilla.*

Decíanle, á vuelta de otras muchas injurias, que revocase el nombramiento que había hecho de D. Beltrán de la Cueva para Maestre de Santiago, *con grande perjuicio del Infante su hermano á quien de derecho pertenecía como hijo del rey D. Juan su padre.*

Echábanle también en cara que había hecho jurar por Princesa heredera de Castilla á D.^o Juana la Beltraneja, hija de la reina D.^o Juana, su mujer, *sabiendo él muy bien que aquélla no era su hija, ni como legítima podía subceder, ni ser heredera después de sus días. Por tanto, que le suplicaban é amonestaban é requerían con Dios, una é muchas veces, quisiera remediar tan grandes agravios; é remediados, mandar luego jurar por Príncipe heredero al infante D. Alfonso su hermano y dalle el Maestrazgo de Santiago como á legítimo hijo del rey D. Juan su padre; pues que de derecho divino y humano le pertenecía.*

Leyó el Rey esta carta sin que le hirviese la sangre en las venas de coraje y de vergüenza, ni comprender quizá todo lo grave de la injuria. Limitóse á llamar á los letrados de su cámara y con ellos á D. Beltrán de la Cueva, al Obispo de Calahorra, que fué luego el Gran Cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza, y al de Cuenca, que lo era entonces D. Lope Barrientos, hombre sagaz, discreto y valeroso, que había sido ayo y maestro de D. Enrique, y jugado gran papel en las cosas del Gobierno en tiempos de D. Juan II.

Hízoles leer la carta y pidióles su consejo; tocóle hablar el primero á D. Lope Barrientos, que era el más anciano, y con su fogosidad ordinaria declaró que Su Alteza no debía venir con aquellos rebeldes á partido ninguno, como no fuera al de *asaetealles* en la batalla, y por este carril enderezó su plática, con grande calor y vehemencia.

Escuchábale el Rey cabizbajo y mohino, *é como el pelear y el rigor de las armas era muy ageno de su condición del Rey, é cosa muy aborrecida para su voluntad, un poco riguroso se volvió contra el Obispo é dixole:*

—Los que no avéis de pelear, ni poner las manos sobre las armas, siempre hacéis

franqueza de las vidas ajenas. Querriades vos, padre Obispo, que á todo trance diese la batalla, para que pereciesen las gentes de ambas partes? Bien parece que no son vuestros hijos los que han de entrar en la pelea, ni vos costaron mucho de criar. Sabed que de otra forma se ha de tomar este negocio é non como vos decís é lo votáis.

Mas el Obispo, que era osado y le irritaba la flojedad del Rey, replicó atrevidamente.

—Ya he conosciado, Señor, é veo que Vuestra Alteza no ha querido reynar pacíficamente, ni quedar como Rey libertado, y pues que no quiere defender su honra, ni vengar sus injurias no esperéis reynar con gloriosa fama. De tanto vos certifico, que dende agora quedaréis por el más abatido Rey que jamás ovo en España, é arrepentiros heis, Señor, quando no aprovecharé.

Y todo sucedió como lo dijo aquel buen obispo D. Lope Barrientos: porque contra el parecer de todos concertóse el Rey en secreto con el falso Marqués de Villena, y cedió á cuanto le exigían los Grandes rebeldes, nombrando Príncipe heredero de Castilla á su hermano el infante D. Alfonso, con la sola condición de casar luego

con la niña *Beltraneja*: y haciendo renunciar el Maestrazgo de Santiago á D. Beltrán de la Cueva, dándole en cambio el Ducado de Albuquerque con las villas de Cuéllar, Molina, Atienza y Peña de Alcázar. Y fué tal su ceguedad y su ruin empeño de meterse él mismo, como suele decirse, en la boca del lobo, que accedió también á entregar la persona del Infante su hermano al Marqués de Villena, como con traidoras miras exigían los conjurados.

Mas de allí á poco huyó el de Villena á Plasencia, llevándose al inocente Infante, y arrepentido D. Enrique de su debilidad y reconociendo su yerro, como también Barrientos le profetizara, vino á caer por remediarlo en las garras de otros dos traidores más peligrosos, que mantenían secretos tratos con los rebeldes, que fueron el arzobispo de Toledo, D. Alfonso Carrillo, y el almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez, que era padre de la reina de Aragón D.^a Juana y fué abuelo de D. Fernando *el Católico*.

Y fué el caso que como viese D. Enrique que el de Villena se retiraba á Plasencia llevándose al Infante y alborotando á su paso villas y ciudades, diciendo muy feas

cosas del Rey y de su honra y haciéndose al fin fuerte en Plasencia, recibió de ello muy gran pesadumbre, y mandó llamar á Valladolid al Arzobispo y al Almirante, que se daban por muy suyos, para que le aconsejasen y ayudasen.

El Arzobispo entonces, con aquella fingida franqueza, dura y arrogante, con que disfrazaba su perfidia, hizo al Rey mil protestas de lealtad y aconsejóle que saliese al punto contra los rebeldes, les arremetiese y destrozase y arrancara de sus manos la persona del Infante, *ca siempre fuera muy mejor*, dijo, *no habérselo entregado*; empresa ésta necesaria y urgentísima, para la cual ofrecía él, desde luego, la ayuda de su persona y de las mil lanzas que tenía en Hontiveros.

Mas para sofocar la rebelión más pronto y arrancar más de raíz la soberbia de los rebeldes, juzgaba necesario el artificioso Prelado, que el Rey le diese á él la tenencia de Ávila y su fortaleza y al Almirante, que á todo esto asentía y lo escuchaba, la de la villa de Valdenebros y la del castillo de la Mota en Medina del Campo.

Vino en ello el Rey, muy gozoso y esperanzado, y al punto despachó á los Alcai-

des las órdenes necesarias para hacer la entrega. Hecho esto, despidióse el Arzobispo, con pretexto de recoger su gente, y aconsejó al Rey que fuese desde luego con su guardia á poner cerco á la villa de Arévalo, porque presto se le unirían allí su persona y la del Almirante. Mas antes de salir de Valladolid, vióse secretamente con la Marquesa de Villena y envióle con ella al Marqués un Mensaje muy urgente, para que sacara de Plasencia cuanto antes al infante D. Alfonso y le llevara á Ávila, donde se dirigía él con su gente.

Mientras tanto, esperaba el Rey un día y otro día al Arzobispo para dirigirse juntos á Arévalo, hasta que, cansado ya, envió en su busca á su secretario Hernando de Badajoz. Dijéronle á éste en Hontiveros que el Arzobispo había partido ya para Ávila, y sospechando la trama, fué allí por caminos de atajo, disfrazado de villano, y ya hemos visto dónde le halló y dió su mensaje al Arzobispo.

«¡Oh, reverendo Prelado!, exclama aquí el leal cronista Diego Enríquez del Castillo. ¡Oh, cuánto se podrá agora escribir desto! ¡Que si tanto dolor ovieras de tu vergonzosa infamia, quando así te delectaste

con hacer tan grande yerro, ni tu honra quedara denostada, ni tu fama tan abatida en el mundo! E pues mucho te preciaste de lo que debieras aborrecer, é procuraste con diligencia tan vituperioso nombre, quedarás para siempre con feo apellido, é tu denostada memoria para siempre avergonzada!»

Aquella *plática secreta* que tuvo el Arzobispo de Toledo en la fortaleza de la catedral con los conjurados rebeldes, produjo al fin resultados harto públicos y escandalosos.

Parecía Ávila, en efecto, desde que los Grandes rebeldes la invadieron, un corazón humano herido por un aneurisma, siempre inquieto y palpitante por un siniestro latido, pronto á ahogarse á cualquiera rumor ó zozobra, siempre próximo á estallar, á desfallecer y á sucumbir.

Rebosaba la soldadesca forastera por calles y plazas, insolente y provocativa, cantando á voces groseras coplas denigrantes para el Rey, para la Reina y para la pobre niña D.^a Juana *la Baltraneja*, ángel de Dios, que sólo contaba tres años; no come-

tían, sin embargo, los desafucos y excesos que eran entonces moneda corriente entre la soldadesca, lo mismo en tiempos de paz que en los de guerra.

Discurrían también por la ciudad muchos hombres que, en los pórticos de las iglesias ó desde las escalerillas interiores de la muralla, excitaban á la rebelión al pacífico vecindario, ponderando con exageraciones y calumnias los males que se sufrían y ensalzando los bienes que habían de hacer aquellos grandes señores que dominaban y se llamaban á sí mismos *regeneradores del Reino*; táctica vulgar y común á los revolucionarios de todas las épocas.

Eran estos predicadores criados y familiares de los Grandes rebeldes ó clérigos asalariados por ellos, y distinguíase entre todos, por su violencia, un tal Fernando de Alarcón, mayordomo del Arzobispo y alma condenada suya, que le tenía embaucado con cosas de alquimia, y le gastaba enormes sumas para fabricar oro y plata, y que pagó al fin sus embustes y charlatanerías degollado públicamente en el Zocodover de Toledo en tiempo ya de los Reyes Católicos: *é lo degollaron*, dice el

Cura de los Palacios, *sobre una espuerta de paja tendida por más baldón según su gran merecimiento, ca se halló ser muy traidor al Rey é á la Reyna muy contrario.*

Soliviantaban á algunos aquellos razonamientos callejeros y aquellas doradas promesas; pero la mayor parte de los sensatos y leales avileses retirábanse silenciosos á sus casas, á ejemplo de su santo obispo D. Martín de Vilches, que, encerrado en el *Palacio Viejo*, huía de todo trato y comunicación con los rebeldes.

Sentíase, sin embargo, por decirlo así, latir la zozobra tras las paredes de las casas, y todos esperaban prevenidos y con inquieta curiosidad que aquel *algo* temeroso que amenazaba reventarse al fin y se derramase por todas partes; observábanse por eso hasta los hechos más livianos, y fué de los más comentados lo acaecido á Perucho Gómez, viejo honrado de la vecindad, y muy hábil en su oficio de alfarero.

El mismo día en que llegó á Ávila el Arzobispo de Toledo, y poco después de su *plática secreta*, presentáronse cuatro hombres de armas de dicho Arzobispo en casa de Perucho Gómez, y cogiéndole de

ambos brazos le arrastraron á la fortaleza. Daba voces Perucho, creyendo que le llevaban preso, y mesábase la barba y el cabello; mas los soldados se reían y le empujaban adelante, diciéndole tan sólo que *en la fortaleza le habían de menester.*

Su sorpresa fué, pues, muy placentera, al ver que en llegando á la fortaleza no le ponían esposas, ni le encerraban en algún subterráneo, sino que con mucha paz le conducían á una muy amplia estancia, donde halló preparados todos los materiales y útiles necesarios á su oficio de alfarero.

Entró á poco un hombrecillo chico, barrigón y muy peludo, que no era otro sino el Fernando de Alarcón, mayordomo del Arzobispo. Parecía hombre alegre, bonachón y muy locuaz, y con muy amables razones mandó á Perucho que fabricase con aquel barro, ya dispuesto, un busto de hombre de natural tamaño.

Asombróse Perucho, que se sentía más diestro en fabricar pucheros que en modelar bustos humanos, y así lo dijo al mayordomo; mas éste, con alegres risitas, replicóle que él le ayudaría, y ayudándole, en efecto, fabricaron una cabeza humana

que tenía mucho de natural y no poco de grotesco. Dábale Alarcón mil toques con los palillos, como si pretendiese retratar alguna fisonomía determinada, y rebanóle al fin las narices de un golpe, para dejarlas romas en extremo. Colorearon después la estatua con albayalde y bermellón mezclados, y pusieronle, á guisa de barbas y de pelos, las coloradas crines de un buey rojizo. Contemplaron satisfechos los artífices su obra, y encontráronle el caricaturesco parecido con el rey D. Enrique, que los intencionados toques de Alarcón le habían dado.

«El rey D. Enrique, dice un manuscrito del siglo XV existente en El Escorial, era persona de larga estatura, espeso en el cuerpo y de fuertes miembros. Las manos grandes, los dedos largos y recios, el aspecto feroce, casi de león semejante, cuyo acatamiento ponía pavor en los mirantes: las narices muy romas y llanas, no de que así naciese, mas porque en su niñez recibió lisi6n en ellas; los ojos garços y los párpados encarnizados. Donde ponía la vista mucho le duraba el mirar. La cabeza grande y redonda; la frente muy ancha; las sobrecejas altas; las sienes hundidas; las

quixadas luengas y tendidas á la parte de yuso; los dientes espesos, la cabelladura roxa, la barba crecida y pocas veces afeitada; la tez de la cara entre roxo y moreno; las carnes muy blandas; las piernas luengas y bien entalladas; los pies á las plantas muy corvos; los calcaños voltados á fuera... En su vestir muy onesto, las ropas de paño de lana, el trazo de ellas sayos luengos y capuces y capas. Su continuo calçado borzeguiles y çapatos encima. De sí mesmo había poca estima.»

Empleó Perucho en su obra cerca de dos días, y durante todo este tiempo no le permitieron volver á su casa, ni salir de aquella estancia, donde le servían la comida con regalo y abundancia. Despidióle al cabo el mayordomo con mil zalamerías y pagándole muy bien su soldada; mas antes de pasar el rastrillo arrastráronle cuatro soldados á un subterráneo, y para asegurar su silencio por muchos días, sajáronle la lengua.

Cruel barbarie ésta, de que el malvado Alarcón fué único responsable, y que pagó más tarde, con sus otros crímenes, en el Zocodover de Toledo.

Al amanecer del día 4 de Junio comenzó al fin á descorrerse lentamente la cortina que ocultaba aquellas andanzas y misterios. Salió á esta hora de Ávila por la puerta del alcázar un numeroso grupo de menestrales cargados de vigas, tablones, maderos y espuestas de herramientas, y en un dilatado llano que se extendía por frente del muro, hacia la parte del Mediodía, que llamaban entonces *la dehesa de Ávila*, comenzaron á levantar con grande ahinco y empuje un muy elevado cadalso.

Dirigíanlo y tomaban parte en el trabajo muchos soldados del Arzobispo de Toledo y del Marqués de Villena, que parecían ambos los directores de todo lo que iba sucediendo. Era el cadalso de bastante extensión y de suficiente altura, para que se pudiera observar desde todos los puntos del llano cuanto en lo alto se hiciese. Diéronse los trabajadores tanta prisa y tan buena maña, que al mediar la tarde hallábase ya todo aquel armazón clavado y dispuesto, con sendas escalerillas en los costados, y comenzaron entonces á cubrirlo con luengos paños de luto, que caían con fúnebre majestad por los cuatro frentes.

Los atónitos vecinos, que con la boca

abierta todo esto contemplaban, llenáronse de pavor, porque les pareció aquello un gran patíbulo, y cuando esperaban de un momento á otro ver llegar al verdugo con el hacha y con el tajo, vieron que ponían en medio del cadalso, sola y aislada, una silla regia de carmesí, con corona real por remate y cuatro leones de bronce dorado que le servían de base.

Fuéles forzoso, sin embargo, á los curiosos entrar en la ciudad sin resolver el problema, porque al anochecer se cerraban las puertas, se alzaban los puentes y bajábanse los rastrillos.

Quedó entonces solitario y medroso el extenso llano, alzándose en medio el enlutado cadalso, triste como un catafalco vacío que espera al difunto; siniestro como un patíbulo ignominioso que aguardase al reo. Velaron, sin embargo, fuera de puertas muchos soldados del Arzobispo, y pocos serían los vecinos que en Ávila durmieran tranquilos en aquella célebre y malhadada noche del 4 de Junio. Desvelábaseles, sin duda, la inquietud y la zozobra de un mal desconocido, y todos se preguntaban angustiados el objeto que tendría aquel cadalso enlutado y quién ocuparía

aquella silla Real, sola y aislada, que más bien semejaba banquillo de un reo que trono de un monarca.

Amaneció por fin aquel 5 de Junio, de vergonzosa memoria, y desde aquella hora poblaba el extenso llano y el adarve de la muralla que mira al Mediodía una compacta y apiñada muchedumbre, ávida y ansiosa, poseída de ese inquieto malestar que acompaña siempre á las grandes expectativas. Dos largas filas de soldados mantenían á raya á la multitud, dejando un gran espacio vacío en torno del cadalso, y abriendo dos calles, que iban á parar desde éste á la puerta de San Vicente una y otra á la del alcázar.

Poco antes de las siete comenzaron á resonar por todos los ángulos de la ciudad las trompetas y atabales de los Grandes convocando sus pendones y mesnadas, y á las siete en punto asomó por la puerta del alcázar la comitiva del infante D. Alonso, que secretamente guardaba en Ávila el Marqués de Villena, y por primera vez aparecía en público.

Abrían la marcha cuatro escuderos del Marqués de Villena, haciendo resonar plateados clarines; venían detrás los ballestero-

ros del mismo Marqués, más bien armados de guerra que vestidos de gala, y en pos de ellos, y dejando en medio un gran espacio vacío, venía el Infante montado en un caballo blanco, todo encaparazonado de oro y escarlata, trayendo á derecha é izquierda, un poco hacia detrás, al Marqués de Villena y al Maestre de Alcántara D. Gómez de Cáceres.

Imposible era imaginar una figurita más linda, más angelical y más interesante que la de aquel desgraciado Príncipe, víctima de ambiciones ajenas, que sólo contaba entonces once años. Tenía el mismo elegante señorío, natural y espontáneo de su padre D. Juan II. Su carita redonda, fresca y colorada como una manzana, veíase sombreada por las rubias guedejas que, escapándose de su airosa caperuza de brocado azul celeste, llegábanle hasta los hombros; de brocado azul eran también el sayo, el jubón y los boreguíes, cerrados con broches de oro; las calzas blancas y muy prietas, y la daga y el estoque que traía al cinto eran de pedrería. Llevaba también al cuello una gruesa cadena de oro, y otra igual en la caperuza sujeta con un joyel de rubíes.

Aclamábale el pueblo á su paso, gozoso de ver á un Príncipe tan galán y tan bello. y él, con la triste experiencia que en su corta edad ya tenía, contestábale con forzada sonrisa, procurando disimular el miedo, la inquietud y el desagrado que encerraba su pecho, agitado por lo más triste, lo más anómalo, lo más amargo que se puede encontrar en un niño: ¡la desconfianza!...

En pos del Infante marchaban en hilera, á caballo, seis lindos pajecitos de la misma edad que su señor, distinguiéndose entre todos por su hermosura y lujosos atavíos el hijo de Alonso Aguilar, señor de Montilla, que había de ser, andando el tiempo, una de las glorias más puras de España: *el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.*

Venían detrás el Conde de Medellín, el comendador Gonzalo de Sayavedra, Diego de Ribera, que era ayo del Infante, Alvar Gómez y otros nobles de cuenta, tan fuertemente armados como ostentosamente vestidos, jinetes todos en poderosas mulas, que eran las caballerías que á la sazón privaban, y cerraban la marcha los hombres de armas que éstos habían traído á Ávila con sus respectivos pendones.

Cruzó el llano la vistosa cabalgata, entre la apiñada muchedumbre, hasta llegar al cadalso, y allí se detuvo, como si esperase algo.

Y algo esperaba, en efecto, porque de allí á poco las campanas de la Catedral comenzaron á tañer lúgubrememente, como si tocaran á muerto; oyéronse dentro de la ciudad lloros y gemidos de miedo; voces, gritos de espanto, exclamaciones de protesta, y comenzó á salir muy poco á poco por la puerta de San Vicente otra comitiva, la más extraña, la más original y la más afrentosa para los Reyes, que vieron jamás los siglos.

Serios y pausados, como cortejo que lleva un hombre á ajusticiar, asomaron los primeros por la Puerta de San Vicente, cuatro maceros y otros tantos heraldos con clarines, que no parecían los de la ciudad, sino los del Arzobispo de Toledo, pues que llevaban dalmáticas moradas, con el blasón de los Carrillo en el pecho y en la espalda. Sonaban los clarines roncós y destemplados, y á su triste compás ceñían su paso

dos largas hileras de soldados, cubiertos de mallas, que parecían custodiar entre ambas filas á un extraño personaje, que ponía pavor y lástima en cuantos le miraban.

Iba la estrafalaria figura montada en una mula encapazonada de negro, que llevaban de ambas bridas dos escuderos del Arzobispo, y rodeado de escolta de honor y enarbolando el estandarte real caminaba en pos un barbudo personaje que usurpaba las funciones de Alferez mayor de Castilla. Cubría á la extraña figura un luengo capuz enlutado, que desde lo alto de la mula le arrastraba por los suelos, y sobre el cual llevaba las insignias reales. Por entre la capucha á medio echar y las talas de luto asomaba una fisonomía imbecil, que recordaba al pronto, y vista de lejos, la roma nariz y las barbas rojas del rey D. Enrique; á su paso era cuando los buenos avilenses levantaban sus ayes de dolor y sus gemidos de lástima, creyendo á su Rey en tan abatido estado; mas cuando por la rigidez de la figura y la siniestra inmortalidad del rostro caían en la cuenta de que aquello no era figura humana, sino un muñeco, un monigote, la obra, en fin, de Perucho Gómez, trocábanse los ayes en voces

de cólera, y los gemidos en gritos de protesta contra aquella impía farsa que tanto afrentaba á la Majestad Real.

Seguía á la espantable figura el resto de los Grandes y nobles caballeros conjurados, con sus tropas y banderas, y al frente de todos ellos el orgulloso Arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo, montado en una mula blanca, visitiendo esta vez los hábitos eclesiásticos; con rico pectoral gótico sobre el pecho, y á las espaldas aquel mismo manto de grana con cruz blanca bordada, que vistió sobre la armadura en la batalla de Olmedo, y que sacó de allí tinto en su propia sangre.

Llegó, por fin, en medio del llano aquel extraño cortejo, que, semejante á ciertas escenas de Shakespeare, hermanaba lo ridículo con lo terrible, y detúvose ante el cadalso del lado opuesto al que ya ocupaban el infante D. Alonso y los de su comitiva.

Apearon entonces entre cuatro escuderos al maniquí de su mula, y sentándolo con gran cuidado en la silla real que en mitad del cadalso había, pusieronle en la cabeza la corona, el cetro en la mano, y á los pies el estoque de la justicia.

Entonces, por un resto de pudor ó de compasión á la tierna edad del inocente Infante, retiráronse el Marqués de Villena, el Maestro de Alcántara y los de su comitiva como á un tiro de ballesta, llevándose al niño D. Alonso, y resguardáronle tras el saliente de un cubo de la muralla, á fin de que nada viese ni oyese de la vergonzosa escena que iba á seguirse.

Mientras tanto, subían los Grandes al cadalso y colocábanse ante la estatua en semicírculo, y en medio el Arzobispo, á guisa de Tribunal. Detrás de la silla pusieron los cuatro maceros y el falso Alférez, que llevaba el estandarte Real, y los heraldos, con sus clarines, ocuparon los cuatro ángulos del tablado, dando siempre la cara al pueblo.

Un letrado del Arzobispo, con vestiduras talaras y descubierta la cabeza calva, colocóse en medio, entre los Grandes y la estatua, trayendo en la mano un gran pergamino enrollado. Á una señal del Arzobispo sonaron los clarines, y los heraldos gritaron por tres veces al pueblo desde los cuatro ángulos del cadalso:

—¡Oíd!... ¡Oíd!... ¡Oíd!...

Sucedió entonces á los naturales mur-

mullos de la multitud un profundo silencio; pero un silencio angustioso, lleno de pavor y ansia, como es el que precede en la tormenta á la caída del rayo y al estampido del trueno que anuncia el relámpago.

Desplegó entonces el letrado su pergamino, y en voz de pregón comenzó á leer una carta injuriosa, «*más llena, dice Castillo, de vanidad que de cosas substanciales*», en que los Grandes acusaban al Rey de cuatro cosas. Era la primera que traía moros enemigos de la fe en su corte y en su casa, consintiéndoles delitos graves y violar doncellas cristianas sin temor al castigo.

Hizo aquí una pausa el letrado, y un heraldo declaró al pueblo *que el Rey merecía por esto perder la dignidad Real*... Adelantóse al punto el Arzobispo de Toledo hacia la estatua, y con gestos y meneos injuriosos le arrancó la corona de la cabeza y la tiró al suelo...

Un concierto de gemidos, lloros y lamentos se levantó entonces de todos los extremos del llano, y dominándolo todo, una voz vibrante de horror y de ira gritó y hendió los aires, cual una saeta envenenada dirigida al Arzobispo:

—¡Don Opas!...

—¡Don Opas!... ¡Don Opas!—gimió la multitud aterrada y como asintiendo.

Y desde aquel momento quedó bautizado D. Alonso Carrillo con aquel afrentoso nombre hasta el fin de su vida.

Mas impasible el soberbio Prelado y con aquel soberano desdén con que el Grande de aquella época miraba á las multitudes, hizo seña á los heraldos para que impusiesen silencio con los clarines, y restablecida la calma siguió el letrado leyendo.

—Segunda... Que los oficios de justicias, corregimientos y alcaydías y otros de su casa y del gobierno del Reino, los daba á personas indignas, bajas, sin merecimientos, que con el poder y dignidad, llenas de soberbia, causaban tiranías, robos, injusticias y crueldades.

Hizo una nueva pausa el letrado, y el heraldo añadió, dirigiéndose siempre al pueblo, que por aquello *merecía el Rey perder la administración de la justicia*.

Y llegando esta vez á la estatua el Conde de Plasencia, D. Álvaro de Zúñiga, que era Justicia Mayor del Reino, le quitó el estoque que tenía delante. El letrado prosiguió:

—Tercera... Haber dado el Maestrazgo de Santiago á D. Beltrán de la Cueva, con perjuicio del infante D. Alonso; y á esto replicó el heraldo, encarándose con el pueblo, *que merecía el Rey perder el Gobierno del Reino*.

Y adelantándose hasta la estatua el conde de Benavente, D. Rodrigo Pimentel, le quitó el cetro que tenía en la mano. El letrado continuó leyendo:

—Cuarta y postrera... Que había hecho jurar por Princesa heredera de los reinos á D.^a Juana, hija, no suya, sino de la Reina, su mujer, y de D. Beltrán de la Cueva, según fama. Á esto gritó el heraldo que merecía por eso D. Enrique *perder el trono y asentamiento de Rey*.

Y llegando entonces con grande furia D. Diego López de Zúñiga, hermano del Conde de Plasencia, *derribó la estatua de la silla en que estaba*, y á puntapiés la arrojaron entre todos del cadalso, diciendo palabras injuriosas y obscenas...

Armóse entonces espantosa algarabía en el llano de gritos, llantos, gemidos, voces y protestas, sordo todo y cohibido por el miedo que los Grandes inspiraban; mas el Arzobispo ahogó al punto el alboroto, aba-

lanzándose al Pendón Real y tremolándolo en medio del cadalso al grito de ¡Castilla... Castilla por el rey D. Alonso!...

Sonaron á este grito con marcial estrépito las trompetas y atabales, y los Grandes y nobles conjurados y la soldadesca toda que poblaba el llano y la muralla, repitieron con brioso entusiasmo: «¡Castilla por el rey D. Alonso!», ahogando así con su traidor vocerío la tímida, pero leal protesta de los honrados vecinos de Ávila.

Acudieron entonces á galope, atropellando cuanto se oponía á su paso, el Marqués de Villena y el Maestre de Alcántara, D. Gómez de Cáceres, y todos los de su comitiva que se habían alejado con el Infante, y alzando en brazos á éste, le subieron al cadalso y sentaron en la silla Real que antes ocupaba la estatua, y le proclamaron allí Rey, gritando ante el inocente y atónito niño:

— ¡Castilla... Castilla por el rey don Alonso!...

Llevaronle luego, también en brazos y alzado en alto, á la iglesia del Salvador, *é entonces, dice Castillo, todos los Grandes que allí estaban, é toda la otra gente, llegaron á besalle las manos con grande solem-*

nidad, señaladamente el Marqués de Villena é los criados del Rey que seguían sus pisadas.

El atentado de Ávila fué tan afrentoso para la Majestad Real y puso tan de manifiesto la soberbia, la ambición y la pérfida felonía de los Grandes, que produjo una reacción contraria favorable al rey D. Enrique, y muchos otros Grandes que, disgustados con él, se habían alejado, apresuráronse á buscarle en Salamanca, donde se hallaba, y á ofrecérsele como sus vasallos leales.

El pueblo, por su parte, apresurábase también á alistarse en sus banderas, buscando el seguro y el calor del trono, único que entonces le amparaba y defendía; y tal prisa se dieron todos, grandes y pequeños, que en poco tiempo se vió D. Enrique con un numeroso ejército de 80.000 peones y 14.000 caballos, que, rebosando ya en la ciudad, sentaron sus reales en el campo.

Mas resultó de aquí que andaba todo el Reino alzado en armas y dividido en dos bandos enconados y furiosos que se hacían

cruda guerra, no ya en el campo, sino en las ciudades y en las villas, en las plazas y en las calles, y hasta en el mismo interior del hogar doméstico.

Turbas de malhechores infestaban la campiña y la montaña, y hasta se hacían fuertes en torres y castillos, y aterrados los campesinos huían á la ciudad, abandonando ganados y labranzas, é incultas por ende las tierras, no daban al labrador otra cosecha que el hambre.

Cohibida la justicia por la fuerza, no funcionaba tampoco en su administración, y muertes, robos, venganzas y represalias eran á diario los frutos de la impunidad.

Y para colmo de desdichas y turbaciones, y como compensación á la prudencia de los moros, que por permisión divina sin duda no se habían movido de su rincón de Málaga y Granada para aprovecharse de aquellas revueltas, invadió el Reino un ejército extranjero, á cuyo frente venían el Conde de Foix y la Princesa de Navarra. Sin razón y sin justicia, y sin causa alguna motivada, entráronse hasta Calahorra, aprovechando el general desconcierto; tomáronla á traición, y fueron luego á poner cerco á Alfaro y Corella, compli-

cando así la situación del mísero rey don Enrique, que tuvo que mandar gente á su defensa.

El infante D. Alonso, por su parte, gemía bajo el peso de aquella corona que por fuerza y por sorpresa le habían ceñido contra su voluntad, é intentó pasarse al bando de su hermano y ponerse bajo su amparo y obediencia, reconociéndole por su Rey y señor natural. *É no menos el Príncipe, dice Castillo, avia gana de retornar á su servicio y sombra é obediencia por el mal contentamiento que tenía. El qual intentó de lo hacer, salvo que fué sentido, é le pusieron en grandes temores, diciendo que lo matarian con yerbas, si se pasaba.* Como le mataron, en efecto, meses después, dándole veneno en una empanada de truchas.

Los Grandes, á su vez, degradábanse cada día más á los ojos del pueblo y perdían todo su prestigio, pasándose de un bando á otro con el mayor descaro y cinismo.

El conde de Alba, D. García Álvarez de Toledo, pasóse al bando de D. Enrique mediante medio cuento de maravedises que éste le ofrecía, y después que los hubo co-

brado, trató con el Marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo de volverse á su partido si le daban á Montalván y á la Puente del Arzobispo, que era del de Toledo; y como ambos estuviesen conformes, pasóse á reforzar las huestes de D. Alonso con 500 de á caballo, hombres de armas y jinetes.

«Aquesta maldad que así hizo, dice el cronista Enríquez del Castillo, testigo y actor en todos aquellos hechos, pareció tan feo á los de su partido á quien él se pasó como á aquellos á quien mintió su fe y palabra; de que todos los de entrambos partidos, mormorando deseían que se avía vendido en pública almoneda á quien diese más por él. É no solamente aquesto, mas por todo el Reyno fué tan publicado é avido por muy mal hecho, que los mozos de espuela se atrevían á descir sin miedo dondequiera que lo vían: ¿quién da más por el Conde de Alba, que se vende á cada cantón? ¿Ay algunos que lo pongan en prescio?»

Pero el que más excitaba el desprecio y la cólera de la gente llana era el arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo, llamado siempre D. Opas, desde que una voz anónima le bautizó con este nombre en el

Auto de Ávila, y así públicamente se lo demostraron de la siguiente manera que relata el cronista Enríquez del Castillo.

El primero que secundó la traición del Arzobispo de Toledo en Ávila fué el almirante D. Fadrique Enríquez, alzando pendones en Valladolid por el infante don Alonso. Dió luego sobre Peñafior y la tomó fácilmente, aportillándole en derredor todo el muro, y envalentonado con esto, puso entonces cerco á Simancas, acampando en la cumbre de un montecillo que muy cerca del muro había. Mas apercebido á tiempo el rey D. Enrique, mandó allí á su Capitán general Juan Fernández Galíndez, que se metió en la villa con 1.000 de á caballo para defenderla, y la abasteció y la puso en muy buen estado de defensa, capaz de resistir el cerco por mucho que durase.

Y era tanto el odio y desprecio que allí tenían al Arzobispo de Toledo, que una tarde reuniéronse en un corral sobre 300 mozos de espuela, gente toda baja, pero leal y fuerte, y con aplauso de todos, grandes y chicos, nobles y plebeyos, acordaron hacer muy al vivo un burlesco remedo del auto de Ávila. Hicieron, pues, una estatua del Arzobispo, con mejor voluntad y tanta

maestría como Perucho Gómez hizo la del rey D. Enrique, y la pusieron en prisión en una pocilga que en el mismo corral había. «É así fecha la estatua, é puesta en prisión, uno de ellos se asentó como Juez en el corral mesmo, é mandó traer la estatua delante de él, é pronunciando sentencia dixo:

»—Que por cuanto D. Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, siguiendo las pisadas del Obispo D. Opas, el traydor destruidor de las Españas, había sido traidor á su Rey é Señor natural, rebelándose contra él con los lugares y fortalezas é dineros que le avía dado para que lo sirviese; por ende, que vistos los méritos del proceso, por el cual se manifestaban sus feos insultos y débitos, mandaba que fuese quemado, llevándole por las calles é logares públicos de Simancas, á voz de pregón diciendo:—Esta es la justicia que mando hacer de este cruel D. Opas; por cuanto, recibidos lugares, fortalezas é dineros para servir á su Rey se rebeló contra él; mandándole quemar en prueba é prenda de su maleficio; quien tal fizo, que tal haya.—Dada la sentencia, un mozo de espuelas tomó la estatua en las manos (otros dicen que la llevaron en un jumento) é así pre-

gonando la sacaron fuera de la villa, á vista del real enemigo. Con esta estatua iban más de trescientos mozos de espuelas, acompañándola.

»Á las voces de aqueste pregón se pararon los caballeros é gentes del real enemigo á mirar; é desque los mozos llegaron casi en medio del real é de la villa, hicieron una gran foguera, donde quemaron aquella estatua; y quemada comenzaron á danzar y á descir en alta voz un cantar que decía:

Esta es Simancas,
Don Opas traidor,
Esta es Simancas,
Que no Peñaflor.

con otras coplas muy feas que contra él se decían. Aqueste cantar duró grande tiempo en Castilla, que le cantaban á las puertas del Rey é de los otros caballeros. E quando los caballeros del cerco vieron que estar sobre Simancas no aprovechaba, ni se podía tomar por combate, ni mucho menos por hambre, é que ya el Rey se acercaba con gran poder contra ellos, acordaron de levantar su real, y levantado se tornaron á Valladolid.»
.
. Este era el estado lamentable